

una fuente de información para el pasado y un manantial abundantísimo de investigaciones artísticas. Lo mismo que de Homero podrá decirse, más tarde de Shakespeare, cuando también los historiadores no se hayan puesto de acuerdo acerca de la persona a quien pudo corresponder tal nombre».

En general, si este volumen sobre «Los grandes maestros de la literatura universal» no podemos elogiarlo como obra representativa de un temperamento original de historiador literario, no habiendo antecedentes en su recinto para una afirmación semejante ni siquiera de lenguaje, no debemos silenciar, sin embargo, el trabajo de síntesis que ella significa y su utilidad como obra de consulta somera, ya que las particularidades más evidentes de los escritores estudiados aparecen observadas, como también los más importantes datos bibliográficos de los mismos. La presencia de la contribución anecdótica la hace también amena. Una obra, en buenas cuentas, provechosa para los neófitos.—A. T.



#### UNA BIOGRAFÍA DE ROBESPIERRE

Se descubre inmediatamente en el libro de Hans von Henting un propósito preconcebido de disminuir la personalidad de Maximiliano Robespierre, no obstante que pretende situarse en un plano de absoluta objetividad científica. Von Henting hurga en los documentos, en los testimonios de contemporáneos de su biografiado, escrutando en los más mínimos detalles todos los defectos físicos que pudo tener el incorruptible, como se le ha llamado con tanta justicia. Nada escapa a su prodigalidad de alemán, a su afán de investigador para descubrir una serie interrumpida de anormalidades de carácter patológico en el revolucionario francés. Por otra parte, esto, seguramente, no tendría nada de particular, si no fuera por las consecuencias que saca

von Henting de la ausencia de normalidad física en Robespierre, llegando a la conclusión terminante que éste no sobrepuso nunca los límites de la simple mediocridad, siendo inferior a todos los demás revolucionarios franceses de fines del siglo XVIII, sólo por no haber sido un individuo normal en el sentido biológico. Nos parece lo mismo, por ejemplo, que se pretendiera juzgar a Oscar Wilde como un escritor de segundo orden porque no era un hetero sexual. Si la normalidad de un individuo—siempre se entiende, de que no se trata de un idiota—puede influir en el carácter o dirección de su inteligencia, en el sentido de su moralidad en sus relaciones con los demás individuos, no creemos por qué esa anormalidad pueda ser la determinante de la calidad de su inteligencia o de la ausencia de esta calidad. Para von Henting esto es indiscutible, afirmando la insignificancia de Robespierre al lado de los otros revolucionarios que fueron sus contemporáneos. Cuando más, le concede «cierto talento de conspirador».

Para von Henting hasta el hecho de haber sido Robespierre concebido «ilegítimamente» es de una importancia extrema en su carrera política. Esta ilegitimidad es la causa primera, cronológicamente, del odio y de las bajas pasiones que demuestra Robespierre en su vida y la necesidad que tiene de «vengarse en el mundo y en los hombres felices», pues «el más amargo de los agravios le fué inferido por los propios padres antes de nacer». He ahí toda la clave de la actuación posterior de Robespierre... hombre también de una «incultura supina», homosexual, esquizofrenético, criminaloide, euconoide, rencoroso, inferior, fatuo, cobarde, maldadoso, etc., etc. capaz de odiar por cualquiera insignificancia, como, por ejemplo, a Fabre d'Englantine a quien no podía soportar sólo porque usaba lentes—entonces eran una gran novedad—lo mismo que él... pobre Robespierre. Esto todavía es poco, su militarismo era de etiología euconoide. Le temía a la guerra porque temblaba ante la lucha cara a cara. No la atacaba desde un punto de vista social sino

exclusivamente personal, por miedo al dolor físico que pudiera ocasionarle. Su antimilitarismo era únicamente para justificar su cobardía, pues mientras los miembros del Tribunal de Salvación Pública partían a la frontera, Robespierre quedábase en su gabinete. Es que para von Henting, no ser partidario del militarismo, «esa suprema actividad social», (página 72), significa poseer condiciones inferiores.

Este libro de von Henting obedece a un plan sin duda significativo, pero desvalorizado notablemente por la profunda antipatía que siente por el personaje, impidiéndole la observación serena. El autor ha querido interpretar la existencia de Robespierre haciendo un estudio psicopatológico del impulso de dominio, pero sin la objetividad ordinaria y armado de un dogmatismo científico implacable, un odio concentrado y tenaz recorre las páginas de «ROBESPIERRE», odio que pretende justificarse por una aspiración científica. Toda la existencia del abogado Arrás, aun sus acciones más inocentes, son con crudeza interpretadas por von Henting, como consecuencias de anormalidades o de enfermedades.

En toda la obra no hay un atisbo de comprensión para el revolucionario francés. ¿Que Robespierre era un misógeno? Pues era un homosexual. ¿Que era huraño? Entonces, un psicópata antisocial. ¿Que era de una dura integridad de costumbres, llegando a merecer el calificativo de incorruptible? ¡Ah, debía suplir su pobreza mental frente a las masas con la austeridad de su vida privada, única forma de aparentar una superioridad que no poseía! ¿Que era aficionado a la pulcritud? Es porque se debía a su complejo de epileptoide. ¿Que era frugal en sus comidas? Pues si es simpática esta actitud no es menos cierto que, o sufría un trastorno de la función digestiva o era resultante de la idea de superioridad. «Los santos y los revolucionarios de tono menor tienen en este punto una gran analogía», dice von Henting. Sin embargo, no sería difícil de encontrar dos o tres

grandes revolucionarios muy parecidos a Robespierre en este aspecto.

No es que nosotros pretendamos defender a Robespierre. Nos parece que su figura está en una ubicación tan señera que ni aun estos estudios científicos, o pseudo científicos, podrán destruir el papel preponderante y de primera magnitud que desempeñó Maximiliano Robespierre en un período de la historia. Pero es que se convierte el libro en un verdadero panfleto... científico, si así pudiéramos llamarlo, llegando a hacerse intolerable, pues este sabio hasta en la manera de sonarse las narices encuentra un desequilibrio mental u orgánico que le explica el por qué un individuo se las suena de una manera y no de otra. Es la rigurosidad llevada a la exageración más petulante.

Nosotros no sabemos si las anormalidades físicas o las enfermedades puedan influir en el talento de un individuo. Es algo de que los entendidos se han ocupado más de alguna vez. Según von Henting, todos los defectos biológicos y mentales de Robespierre hicieron de éste un mediocre. ¿No habrá otro que de esto mismo desprenda su grandeza? ¿Acaso Baudelaire fué gran poeta debido a la sífilis o dejó de serlo por poseerla? ¿Acaso Dostoiewsky fué un gran novelista por ser epiléptico o no lo fué a causa de ello? ¿Influyó la tuberculosis en la agudeza y penetración de la obra de Lawrence o debido a ella la obra de este artista no tiene estas cualidades? Quizás... De todas maneras no faltará quien lo diga, si es que ya no se ha dicho numerosamente.—A. T.



IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla.

Este libro—válganos el símil por gastado que esté—es como un cofre de recuerdos. De recuerdos que la distancia embelleció